

Inocencia. Aterrán ciertos modos de perderla.

A lo lejos, un suave murmullo de agua repicoteaba en la bañera; un sonido relajante que se acrecentaba a medida que nos acercábamos al baño por el angosto y oscuro pasillo de esa antigua casa donde crecí con él. Los años habían pasado y, aunque siempre fue mayor, la vejez le había castigado más de lo normal en el último año, postrándolo en una silla de ruedas que me obligaba a cargar con su cuerpo para cualquier cosa porque, cabe decir, que en aquella casa la movilidad era nula.

Lo levanté delicadamente de la silla intentando no magullarlo, intentando no reparar en ese pobre e inútil cuerpo, casi volátil, que se perdía entre mis brazos como yo en los suyos cuando era un niño y tenía sueño.

La bañera estaba vieja, oxidada y repleta de moho negro en las juntas; un moho que nada podía eliminar. El agua caía con lentitud, llenándola a una velocidad usual en casas viejas y deterioradas. Ya en el agua, el abuelo me miró fijamente, sin mediar palabra porque apenas podía hablar. Las arrugas que rodeaban sus ojos se convirtieron en un abanico de súplica y entendí que quería aquella vieja radio que pedía siempre y yo nunca buscaba por pereza.

—Ahora no yayo, no sé dónde está la radio.

Siguió mirándome suplicante, reclamando aquel aparato que tanto le gustaba y yo nunca accedía a traerle. Dejé la esponja con la que frotaba su débil cuerpo y lo observé. Aquella mirada de niño perdido siempre había podido conmigo.

—Vale —sonreí dándome por vencido—. Voy a buscarla.

Me adentré en el desván, apenas iluminado por una tenue y solitaria bombilla que parpadeaba cada pocos segundos. El polvo acumulado después de años inundaba estanterías, bolsas, juguetes y toda clase de enseres que nadie había tocado tras caer en el olvido, creando un ambiente blanquecino y asfixiante. Al final, tras tropezar en un par de ocasiones, encontré la radio en una balda de difícil acceso atrapada entre cajas y trastos inútiles.

Al intentar alcanzarla, una caja metálica de color azul se precipitó hacia el suelo, como un trapecista sin red arrojándose al vacío, y se rompió, dejando al descubierto una antigua cinta de video en la que podía leerse escrito: «Pesadilla Javi».

El ruido alertó al abuelo que hizo una especie de ruido gutural para preguntar qué pasaba.

—Nada yayo, he tropezado. Ya voy.

Aquella era su letra, no había lugar a dudas.

Y recordé.

Acababa de volver del colegio y mi abuelo parecía absorto porque, por más que le llamaba, no me escuchó hasta que le toqué el brazo y, entonces, con una sonrisa extraña y la mirada fija, se marchó a hacer la comida. Recuerdo que, en ese mismo momento, sobre la mesa del salón, frente a su

mecedora, reposaba, como un tesoro, la misma caja azul que momentos antes había caído de la balda, la misma caja azul que ahora yacía en el suelo frente a mí.

Sentí una curiosidad terrible inundando mi mente; no pude evitar encender el televisor y poner en marcha aquella vieja cinta cuyo título me resultaba tan extraño.

En aquel momento me vino a la cabeza una época de mi infancia en la que sufría pesadillas constantemente. Al caer la noche mi cerebro se dedicaba a jugar conmigo y a provocarme unos terrores atroces. No podía evitarlo, y apenas conseguía dormir.

Si cerraba los ojos, la oscuridad me envolvía llevándome a la más absoluta nada. Era asfixiante. Allí gritaba, pedía ayuda para que mi abuelo viniese a sacarme del sueño, pero nunca ocurría. Siempre acababa igual, unas manos me agarraban mientras sentía que me faltaba el aire y un ruido chirriante lo inundaba todo.

La cinta empezó a rebobinarse y antes de pulsar el *play* toda la estancia se llenó de recuerdos. Allí estaba mi antigua habitación, repleta de peluches y pequeños muñecos. Yo, con apenas ocho años, sentado en la cama junto al abuelo.

—¿Cómo va en colegio, Javi?

—Bien, como siempre.

—¿Estás cansado?

—Mucho.

—Pues duerme, entonces.

—Hasta mañana, yayo.

—¡Espera! No te olvides de la pastilla para espantar las pesadillas.

Sonreí. La misma frase de todas las noches acompañada de ese gesto que imitaba a las garras de un monstruo. Cuando era niño me hacía reír; el abuelo siempre estaba ahí para cualquier cosa, como el padre que nunca tuve.

Pulsé el *play* y apareció mi habitación, y yo con ocho años en la cama mientras el abuelo buscaba la mejor forma de colocar la cámara frente a mí. Ahí estaba, la misma imagen que mi mente recordaba, cada cosa en el mismo lugar.

—¿Qué tal ha ido el cole Javi? —preguntaba sin obtener ninguna respuesta por mi parte—. ¿Estás bien, Javi? ¿No quieres hablar conmigo?

—Es que... Ayer volví a tener pesadillas, abuelo.

—No te preocupes, Javi. Tómate la pastilla. Desaparecerán.

Cuando me dormí, el abuelo empezó a acercarse poco a poco a mí. Recordé esa vaga imagen de mis parpados cayéndose mientras él se aproximaba para cuidarme, o eso creía yo. El sonido rechinante que inundaba mis sueños eran muelles. Ese sonido que me provocaba pánico, asfixia, del que únicamente ansiaba escapar. Ese sonido lo producía él. Las manos que me agarraban en la oscuridad para que jamás escapara tenían su nombre. La pastilla para ahuyentar las pesadillas solo pretendía provocarlas. Apague la televisión.

No pude más que sentir asco de todo lo que me rodeaba, asco de mí mismo, asco de aquel hombre al que, en un instante, dejé de conocer. Un hombre que creía que me había cuidado durante toda mi vida con cada «buenas noches» y cada pastilla para las pesadillas, mientras yo gritaba su nombre en medio de la oscuridad. Mi mente le pedía que parara, pero él nunca lo hizo.

Una penetrante negrura se cernió sobre mí de forma mucho más intensa que en aquellas pesadillas que nunca creí que llegaría a entender.

Quería llorar, gritar. Mi cuerpo temblaba de ira, de impotencia. Escuché el grifo abierto en el baño. Para cuando pude reaccionar, la vida ya se había apagado bajo el agua que inundaba el pasillo junto a mis lágrimas de rabia.

Primer Premio de Relato Breve 2016
15^{os} Premios Provinciales de la Juventud